

Erwin BISCHOFBERGER, *Die sittlichen Voraussetzungen des Glaubens. Zur Fundamentelethik John Henry Newmans*, Mainz, Matthias-Grünewald-Verlag, 1974, 242 pp.

Es propósito del autor, sacerdote católico que desempeña su trabajo pastoral en Estocolmo, investigar los *presupuestos éticos de la Fe*, según lo escritos de John Newman. A nadie se oculta la importancia central de este tema en la filosofía religiosa del ilustre converso. Newman se ocupó en la cuestión desde sus primeros años de estudio teológico y actividad homilética. Los Sermones del tiempo anglicano —sobre todo los predicados entre 1826 y 1840— son cauce ordinario de exposición y fundamentación de una doctrina que encontraría, junto a otras, expresión acabada en la *Grammar of Assent* de 1870.

Newman afirma que la aceptación del Evangelio por la persona, en libre respuesta a la gracia, exige una previa y habitual disposición de obediencia a los dictados íntimos, a la voz, de la conciencia moral. A mostrar el sentido e implicaciones de este principio, así como su conexión con los demás aspectos básicos de la antropología religiosa de Newman, dedica el autor los tres Capítulos del libro, a saber: 1) El Asentimiento, 2) La Conciencia, y 3) La Fe.

El autor desea mostrar la relativa continuidad que Newman postula entre la correcta decisión moral, el acto religioso, y la aceptación por el individuo de la Revelación sobrenatural. Deja claro en todo momento, con acertada interpretación de la mente de Newman, que cada una de esas tres etapas de búsqueda de la verdad religiosa, desde sus barruntos hasta su plenitud, supone una mutación o salto cualitativo respecto a la anterior, y que aparece en ellas un factor nuevo de dones divinos que no se encontraban antes. La continuidad viene dada, no obstante, por la unidad de dispensación salvífica divina, y por el hecho de que la moralidad natural y la religión son en la providencia de Dios una *praeparatio* de la Revelación cristiana, tanto en el individuo concreto como en la historia de la humanidad pecadora. Es ésta precisamente la doctrina que ha distinguido tradicionalmente la posición católica respecto a la protestante en cuanto a la esencia de la religión llamada natural o cultural. La Iglesia ha enseñado siempre que la Revelación cristiana —a pesar de su radical novedad y carácter gratuito— edifica su llamamiento y sus dones evangélicos de gracia y redención, sobre el factor preexistente de la religión, a la que completa, purifica, y eleva. El protestantismo, ya desde su mismo arranque luterano, presenta sistemáticamente a la Revelación como la crítica y destrucción inevitables de toda religión —pretensión *irreligiosa* de autosalvación humana— que debe perecer por completo en el espíritu del hombre si

la Palabra y la gracia de Jesucristo han de asentarse en él. La religión es un factor negativo o al menos superfluo en la historia de la salvación. No vale nada ante la Revelación, igual que nada valen las obras ante la Fe.

Esta doctrina negadora del elemento humano y de los largos caminos providentes de Dios en la dispensación salvífica no llegó nunca a consolidarse en el Anglicanismo. Esto explica que Newman suministre ya desde sus escritos más tempranos una visión de la *historia salutis* en la que conciencia moral y religión desempeñan un decisivo papel en orden a la recepción oportuna de la Palabra divina ofrecida en Jesucristo. Pero no sólo la tradición anglicana ha dejado sentir su influencia. También la lectura y el conocimiento profundo de los autores paganos —griegos y latinos, especialmente los estoicos y Aristóteles— explican la valoración positiva que Newman concede a la conciencia, al esfuerzo ético, y a la religión natural —la *superstitio*— en orden a preparar el recto conocimiento de Dios y de los deberes hacia El.

*Presupuestos éticos* de la Fe son aquellas condiciones que hacen posible *hic et nunc* el acto teologal desde el punto de vista del sujeto. No se trata como es lógico de *causas* de la Fe, determinantes del origen último de este don sobrenatural y gratuito. La Fe se debe a la gracia de Dios. Cuando Newman habla de presupuestos se refiere a las *disposiciones interiores* previas que permiten al sujeto oír la voz de Dios, entenderla, y seguirla.

Con el fin de ilustrar el aspecto humano de este proceso, el autor se detiene inicialmente en la doctrina de Newman sobre el asentimiento tanto en su vertiente cognoscitiva como en la propiamente religiosa. Lo hace con la precisión y amplitud necesarias. El lector que no conozca el contenido de la *Grammar of Assent* encuentra aquí una exposición que le prepara y capacita para entender correctamente los capítulos segundo (La Conciencia) y tercero (La Fe). El autor describe con cierto detalle —no del todo exigido por la investigación— el carácter del sentimiento (*assent*) newmaniano la feliz superación del sentimentalismo y racionalismo que comporta, la distinción entre asentimiento real —nacido de la experiencia concreta— y asentimiento nocional o reflejo, la libertad de la decisión ética y del acto de fe, y el papel de la acumulación de probabilidades en la consecución de la certeza.

Más importante para la tesis de los presupuestos éticos de la Fe son los principios próximos que la fundamentan. El autor los formula con nitidez, aunque no los destaca, a nuestro juicio, con la deseada claridad respecto a otras afirmaciones secundarias.

Un principio es de orden antropológico, está tomado de la *Ética* a Nicómaco, de Aristóteles, y es susceptible —como tantos otros elementos de la reflexión aristotélica— de una fecunda aplicación a la esfera del conocimiento religioso. Se trata de la distinción —todavía no conseguida por Sócrates y el Platonismo—

entre *virtud* y *talento*; es decir, el hecho de que las cualidades morales y la excelencia intelectual pueden ir —y van con frecuencia— separadas en el hombre. Talento no significa virtud ni conduce a ella necesariamente. Esta distinción manifiesta las limitaciones del puro conocimiento, y ofrece a Newman una sólida base para razonar la primacía —en el plano moral y religioso— de las disposiciones interiores (honradez, buena voluntad, rectitud, docilidad, obediencia) sobre el intelecto y, sobre todo, la orgullosa razón (Cfr. *University Sermons*, 55; *Sermons for Various Occasions*, 5).

El segundo principio es una premisa de orden religioso. Nos dice que la Revelación se basa en verdades que la conciencia nos enseña también en cierta medida sin aquella. Es decir, la Palabra revelada de Dios desborda, desde luego, el esfuerzo religioso humano —abre a la criatura imprevisibles horizontes de santidad y unión con el Padre de la gracia—, pero en parte presupone aquel esfuerzo, lo refuerza, y extiende (Cfr. *Parochial and Plain Sermons*, VIII, 202). La norma religiosa no elimina la ley moral. Más bien la completa. La Revelación no suprime la norma religiosa, sino que la purifica y eleva. A la objetiva gradación ascendente de normas y principios —moral, religión, Revelación— corresponde también en el individuo una necesidad de conducta moral recta para aprehender los valores religiosos y evangélicos cuando le sean revelados por Dios.

Las consecuencias derivadas de la tesis central son de notable importancia práctica. El autor podría haberse detenido en ellas con mayor amplitud. En primer lugar, se impone con evidencia que el *progreso* en el conocimiento religioso no es principalmente asunto de la razón o se encuentra en un plano especulativo o simplemente lógico. El conocimiento intelectual es importante y no debe ser nunca despreciado, pero resulta secundario en el desarrollo espiritual de la persona. Poca ciencia es suficiente para agrandar y servir a Dios. Un modesto saber bien empleado basta para dar el paso adelante que Dios solicita en cada momento a quien busca la verdad religiosa. Lo decisivo es siempre la buena voluntad. Determinadas objeciones intelectuales a la religión o a la verdad revelada proceden en último término de malos hábitos, que impiden oír la voz de Dios o reconocer a Jesucristo (Cfr. *Parochial and Plain Sermons*, IV, 246 s). Numerosas *dificultades* de la S. Escritura, nos dice Newman, nacen en realidad de las defectuosas condiciones morales del corazón de quien la lee o estudia (Cfr. id. 30).

En el capítulo final, que trata de la Fe (pp. 180-210), el autor parece sugerir que, según Newman, la conciencia se ordena intrínsecamente al conocimiento y captación de la Revelación sobrenatural, que sería el horizonte religioso último de su normal dinamismo espiritual. Quizás no es éste el sentido exacto que debe atribuirse a sus palabras. En todo caso ha de afirmarse

que para Newman no existe en la conciencia ninguna expectación anticipada o apriorística de la Revelación. Tampoco se da en el hombre un caminar consciente o reflejo hacia ella, cuando todavía no se le ha manifestado. Hay sencillamente un progreso *hacia la Verdad religiosa*, y finalmente —en su caso— un encuentro feliz e inesperado con Dios que se automanifiesta misericordiosamente en Jesucristo. Podrá seguir a este encuentro una libre recepción de la oferta divina por la conciencia, especialmente cuando ésta se ha ejercido habitualmente en la obediencia a los valores éticos y religiosos.

El autor demuestra un buen conocimiento de los textos newmanianos. Hace un extenso uso de todas las fuentes disponibles. Desgraciadamente no llegó a tiempo de emplear los últimos volúmenes de la edición *Letters and Diaries*. Resulta un libro de gran utilidad para el conocimiento de la metodología de Newman y las constantes básicas de su pensamiento religioso.

José MORALES

Battista MONDIN, *L'uomo: chi è? Elementi di antropologia filosofica*, Milán, Editrice Massimo, 1975, 366 pp., 20×13.

“El hombre ha sido objeto de estudio por parte de los filósofos de todos los tiempos” escribe Mondin en el prefacio de este libro. Esa frase nos da una idea bastante cabal de esta obra: es un intento de introducción a la antropología, ofreciendo a la vez una visión panorámica de la diversas opiniones formuladas al respecto a lo largo de la historia. Justificando el método y el esquema seguido en el libro, el autor declara en la introducción que “la antropología filosófica exige un método complejo, en el que se pueden distinguir dos fases principales: fenomenológica y trascendental. En la fase fenomenológica se recogen todos los datos relativos al ser del hombre; en la fase trascendental se intenta poner de manifiesto el significado último de esos datos, el significado profundo que les da sentido y que los hace posible” (p. 18). Y poco después añade: “El método trascendental, tal y como nosotros lo entendemos, tiene el mismo objetivo que le marcaba Kant: establecer las condiciones supremas que hacen posible un conocimiento (o una cosa); pero sigue un procedimiento diverso del de Kant. En el autor de la *Crítica de la razón pura* el procedimiento es de tipo deductivo: se justifican determinados conceptos demostrando su capacidad para hacer posible un cierto campo de la subjetividad. En cambio en nosotros el método trascendental tiene carácter inductivo: parte de los fenómenos, y los estudia en profundidad a fin de descubrir sus raíces últimas”